

criminal

rocaeditorial



UN ÚLTIMO SUSPIRO

D E N I S E
M I N A



«Meehan es una especie de Philip Marlowe femenina: sardónica; tenaz en sus investigaciones; alguien que no se corta en insultar a los poderosos.

Un último suspiro le dará más esplendor a su ya brillante carrera.»

The Independent

Un último suspiro



Un último suspiro

Denise Mina

Traducción de
Mar Vidal

Rocaeditorial

Título original inglés: *The Last Breath*
© Denise Mina, 2007

Primera edición: abril de 2009

© de la traducción: Mar Vidal
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-92429-84-4
Depósito legal: B. 9.020-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Jill y Alan;
para Chris y Adrienne.
Y, por supuesto, para Jonah.

1

Desnudo

1990

*T*erry Patterson no había pasado tanto miedo en toda su vida. Lo que le aterrorizaba era estar desnudo. Lo habían despojado de todos sus signos de identidad; ahora era imposible que lo localizaran, estaba listo para ir derecho a su tumba.

Lo habían arrestado en Chile; había visto quemar viva a una mujer dentro de un neumático en Soweto; había presenciado disturbios callejeros en Puerto Príncipe..., pero aquí, desnudo y metido dentro del maletero tembloroso de un coche en marcha con destino a la oscura periferia de Glasgow, el miedo lo paralizaba.

Gimoteando, las rodillas apretadas contra el mentón, era consciente de lo desesperadamente vulnerable que era. Ni siquiera podía tocarse la cara: tenía las manos atadas a la espalda y se le estaban hinchando las muñecas por la presión de las cuerdas. La lámina de plástico que tenía detrás le magullaba la piel. La capucha áspera de tela de saco con la que le habían tapado la cabeza le impedía respirar con normalidad, y las pequeñas fibras se le metían hasta el fondo húmedo de la garganta y le provocaban arcadas.

Le dolían los músculos del cuello por el regulador de aceleración que le había provocado el desmayo, y tenía los ojos doloridos allí donde los vasos sanguíneos se le habían reventado.

Lo habían atacado por detrás cuando se encontraba solo y medio borracho a la entrada de su casa.

Hasta entonces había sido una velada agradable: la celebración por el contrato de un libro. El anticipo del editor apenas cubría sus gastos y los de Kevin, pero un libro de formato grande, con fotos a todo color y con textos, resultaba caro de producir. Cobrar todo el cheque de doscientos y llevarse el dinero al casino había sido idea de Kevin Hatcher: ambos se pusieron su traje menos gastado temiendo no estar lo bastante elegantes para que los dejaran entrar.

Al final resultó que iban demasiado formales. Era jueves por la noche, de modo que los otros jugadores eran asiduos del casino que se habían puesto lo indispensable para entrar en el local: zapatos de piel desgastada y americanas que habían vivido tiempos mejores. Había un par de mujeres chinas con chaquetas de seda envejecida que permanecían con el rostro inexpresivo, iluminado desde las mesas, con la mirada fija en las manos del crupier, haciendo jugadas rápidas. Nadie celebraba sus ganancias con sonrisas ni expresiones de alegría como lo hacían Kevin y Terry. Los auténticos jugadores acogían las ganancias con gesto ansioso, ordenando sus pilas de fichas y esperando con la mirada el siguiente movimiento.

10

Estaba claro que ellos no eran habituales de aquel lugar. Terry tomaba whisky con coca-cola; Kevin había pedido el suyo con ginger ale. Estuvieron perdiendo un rato y luego demostraron su falta de osadía, pues se retiraron después de lograr una jugosa ganancia. Habían ganado cuatro libras con los doscientos. Pidieron un puro habano en la barra, se lo fumaron entre los dos y se quedaron por ahí, contemplando cómo los que jugaban en serio se concentraban en los cambios de números, deseando que el destino les favoreciera.

Tumbado en el maletero, Terry recordaba ahora todos los sonidos con mucha viveza: de cuando esperaba hombro con hombro junto a Kevin; de cuando colocaba pilas tintineantes de fichas sobre el terciopelo negro; de cuando los jugadores, sin pestañear, hacían sonar sus renovadas esperanzas en el tablero; de cuando la ruleta giraba vibrante; el ritmo regular de las pérdidas.

Kevin ya tenía varios libros publicados, pero para Terry éste sería el primero, el primer resultado tangible de sus años de trabajo. Sería algo que colocar en las estanterías, un lomo

que acariciar cuando tuviera una crisis de confianza y de compromiso, algo mejor que una caja de recortes amarillentos de periódico.

El cálido compañerismo de la velada envolvía todavía a Terry cuando se encontraba ante la puerta, tambaleándose un poco y tratando de acertar a meter la llave en el cerrojo. La única advertencia de que algo ocurría era un olor, un aliento improbable, seco, ahumado, que le rozaba el oído izquierdo. Luego el codo que de pronto le apretó la garganta, rodeándosela, presionándole la arteria carótida. Unos destellos de luz blanca lo deslumbraron durante los segundos que tardó en desmayarse.

Cuando se despertó estaba en el maletero, desconcertado sobre quién lo había secuestrado o por qué. Lo primero que se le ocurrió fue que Kevin tal vez le estuviera gastando una broma irracional, pero jamás le habría quitado su ropa. Encontrarse desnudo daba la medida de la gravedad del asunto.

Buscando una explicación a la agresión, repasó mentalmente la noche en el casino: él no llevaba el dinero; lo llevaba Kevin. Y aunque Terry hubiera llevado el dinero, el tipo tenía coche, un coche grande a juzgar por el tamaño del maletero, y doscientas libras no era bastante para justificar un asesinato. Buscó pistas en su pasado. En los últimos dos años había estado en Angola, Liberia, Líbano, Nueva York y Glasgow. Pero él era un periodista avezado, un observador que nunca participaba ni intervenía, por muchas ganas que tuviera de hacerlo. Ningún conflicto cambiaría por el hecho de eliminarlo a él.

Sin embargo, alguien lo iba a matar. Y nadie acudiría en su ayuda.

Recordó a un prisionero de guerra de quince años que parpadeaba bajo el justiciero sol del mediodía de Angola, un muchacho de piel casi azul marino, y que tenía los ojos castaños llenos de terror y agotamiento. Había recorrido pasivamente el camino polvoriento de la selva hacia su ejecución, y les había ahorrado a sus verdugos el problema de hacer desaparecer su cadáver de un lugar poco conveniente. Terry había observado cómo se arrodillaba ante un cañón de revólver; sus ojos, enloquecidos, buscaron detrás de su verdugo, esperando una intervención milagrosa hasta el segundo final en que la bala salió del cañón.

Terry había entrevistado a supervivientes del Holocausto, había escuchado cómo siguieron teniendo esperanzas, ya amontonados en los camiones de ganado, conscientes de que se dirigían a los campos de exterminio, pero esperando que no fuera así; esperando.

Los asesinos dependen de esa esperanza. Es su cómplice.

Él no iba a recorrer un camino polvoriento por la selva ni a arrodillarse pasivamente ante un cañón de revólver. Renunciaría a la esperanza, se enfrentaría a la verdad. Debía idear un plan; encontrar un momento que pudiera aprovechar.

Respiró hondo tres veces, aguantando el aire para ralentizar su ritmo cardíaco. En la cabina del coche no se oían voces, ni la radio ni música. Tenía que ser un solo hombre, sólo el conductor. «Que sea un solo hombre.»

Ensayó el final del trayecto: el coche se detiene, el secuestrador solitario abre el maletero y le obliga a salir, cierra el maletero —un maletero abierto en un coche abandonado despertaría curiosidad, podría parecer como si el coche se hubiera averiado y precisara ayuda— y guía a Terry hasta donde quiere que encuentren su cuerpo. Y entonces, el disparo.

12

Terry sintió la presión en la sien, el agujero de la bala, oyó su cuerpo caer al suelo, vio una nube de polvo africano seco y rojo levantándose por encima de él. Se esforzó por volver a coger aire, aminorando su pulso.

Al cerrar el maletero: ése era el momento. Era el único punto en el que la atención de su captor se desviaría. Si Terry estaba de pie, podía tambalearse hacia atrás, separándose del coche, de modo que el hombre tuviera que colocarse delante de él para alcanzar la puerta del maletero. Entonces, con un poco de distancia, Terry podría abalanzarse sobre la espalda del tipo, empujarlo o derribarlo, echarse encima de él, tratar de hacerle daño. Si actuaba con pasividad, si lloraba y trataba de regatear, no se esperaba resistencia.

Pensó en sus movimientos durante su torpe salida del maletero hasta el suelo, sintió el frío de la carretera bajo sus pies descalzos, el aire nocturno en la piel húmeda y pegajosa. Con-toneó las caderas, ensayando el tambaleo hacia atrás; lo haría como si el viaje le hubiera hecho perder el equilibrio.

El coche dibujó una suave curva hacia una nueva superficie

y el sonido de las ruedas se convirtió en un crujido. Asfalto, blando por el calor del día, con piedrecitas clavadas. Estaban llegando al final del trayecto.

Terry recordó por qué quería vivir: el rostro de Paddy Meehan. Estaba radiante, tocándose el cuello con las puntas de los dedos, y se ruborizaba al recibir un cumplido. Desde que se conocían, desde que tenían menos de veinte años hasta ahora, ella había sido siempre una criatura inocente. No tenía idea de lo bella que era. Y no tenía miedo, no era consciente de todas las cosas que hay que temer en el mundo, todo lo que él había visto. Las hambrunas, el odio y la guerra civil la habían esquivado. Ella se preocupaba por su madre y por sus hermanas, se peleaba con sus hermanos, mantenía junta a su pequeña familia a costa de todo en su vida porque no sabía que tenía otras posibilidades. Mientras Terry deambulaba por el mundo sin pertenecer a ninguna parte, ella permanecía atada a su pequeño mundo a través de conexiones tan profundas como sus arterias.

Se deslizaba lentamente hacia la parte trasera del coche, con la superficie áspera de la carretera revelándose a través del metal: el coche estaba reduciendo la velocidad. El momento de abrir el maletero. Tres pasos, como mucho. Ni uno más. «Finge tener miedo, llora», se dijo.

Tenía la oreja apoyada en el suelo: oyó el estruendo de su propia sangre caliente. Rompió a sudar.

El coche se acercó suavemente a un lado de la carretera y se detuvo. El motor se apagó. De entre la noche silenciosa, Terry oyó el susurro de brisa que le rozaba la capucha, el borboteo de un arroyo. Una cuneta. Allí cerca habría una zanja, si había un arroyo. Era allí donde iba a morir.

La puerta del conductor se abrió con un chasquido. Un pie chocó contra la gravilla al lado de la carretera, hizo una pausa; luego, otro paso. Estaba agarrotado, tal vez de conducir; tal vez fuera mayor. Todo era bueno.

Pasos por el lado del coche, ni lentos ni apresurados. Puede que el tipo sintiera algo de reticencia; probablemente, estuviera cansado. Los pies crujieron hasta colocarse en posición, frente al maletero.

El tintineo de las llaves, la selección de una y el ruido de metal contra metal. El chasquido de la cerradura.

El maletero se abrió de golpe y la luz blanca azulada de la luna se filtró a través del saco e inundó los ojos de Terry, que los tuvo que cerrar con fuerza. Se esforzó por volver a abrirlos y respiró hondo. Sintió los ojos de su secuestrador clavados en su espalda desnuda. «Actúa con pasividad.»

Una mano fría y sudorosa lo agarró por el antebrazo, apremiándolo a darse la vuelta.

—Fuera.

—Mire, soy Terry Patterson. Se equivoca de hombre. Soy periodista.

—¡Fuera!

Terry se abrazó todavía más a sus rodillas.

—Por favor, por el amor de Dios... —Se alegró de tener la cara tapada: nunca se le había dado bien mentir—. No me mate. No puede matarme. Soy periodista, por el amor de Dios.

De pronto sintió en el cuello el frío cañón de una pistola.

—Haz el favor de salir.

Se incorporó torpemente, golpeándose la cabeza con el interior del maletero al hacerlo. El coche se tambaleó ligeramente con el movimiento de su cuerpo.

14

—Por favor, se lo ruego, no lo haga. Mi madre... es muy mayor.

Con el arma todavía apuntándole en la yugular, el secuestrador se inclinó hacia su cara. Terry olía su aliento, todavía un poco ahumado pero ahora más fresco, no seco como le pareció frente a la puerta de su casa.

—Tu mamá y tu papá murieron hace diez años. Y ahora, sal del coche.

—¿Me conoce?

Sin respuesta.

—¿De qué me conoce?

La pistola se le clavó más en la piel blanda del cuello.

—¡Fuera!

Desconcertado, Terry movió el culo desnudo por el maletero hasta que se colocó de cara al exterior, y entonces sacó los pies por el canto hasta el suelo.

—Vamos, rápido.

—Lo siento. —Terry sorbió con su nariz seca—. Lo siento. Sea lo que sea lo que haya hecho, lo siento.

—Fuera.

Terry mantenía el rostro de cara al hombre. Sabía que era más difícil matar a alguien que te está mirando, respirando hacia ti. Hasta los asesinos más viles les piden a sus víctimas que se den la vuelta.

Un pie descalzo aterrizó sobre el suelo de piedras; luego, el otro. Se puso de pie. Mientras emitía un gemido para disimular, se tambaleó, trató de recuperar el equilibrio, arrastró los pies. Calculó que estaba a dos palmos del coche, lo bastante lejos como para usar su propio peso contra la espalda del hombre.

La pistola le besó el cuello y se apartó.

El alivio y la esperanza asomaron en su pecho. Terry respiró hondo otra vez mientras la adrenalina le recorría el cuerpo y sentía un cosquilleo en los dedos de la excitación. Escuchó, previendo el movimiento de los pies, cómo daba un paso para cerrar el maletero.

No sintió el cañón en la sien porque no lo tocaba. No oyó el chasquido frío y metálico del disparo de la pistola que rasgaba el aire denso de la noche y retumbaba a través de campos enfangados.

La gravilla negra y punzante se esparció por el lugar en el que cayó su cuerpo.

El hombre bajó la vista, vio el torrente apresurado de sangre que se acumulaba debajo del saco y lo observó derramarse por el suelo.

Lo dio por muerto; apoyó un pie sobre la cadera de Terry y empujó; hizo rodar su cuerpo desnudo hacia la acequia que corría paralela a la carretera.

El cuerpo de Terry cayó salpicando en el arroyo. Un brazo carnoso se agitó a un lado mientras la luz de la luna iluminaba una estría plateada debajo. Los dedos se flexionaron, se apretaron como en un tic nervioso y luego se relajaron, abriéndose con elegancia.

Su asesino quiso sacar el paquete de cigarrillos, luego se lo pensó mejor y dejó caer la mano al lado. Estaba cansado.

La cálida brisa veraniega acariciaba las puntas de la hierba del arcén. En el prado oscuro, más allá del arroyo, un pájaro pequeño y pardo se levantó volando con un graznido, dibujó un

DENISE MINA

círculo y se alejó hacia las luces amarillentas de una casita de la ladera, a lo lejos.

El cuerpo de Terry se relajó en la acequia. Por un instante fugaz, un muslo blanco cortó el curso de la corriente, y formó un lago diminuto, hasta que el agua encontró el camino por la ingle, por encima de la cadera, y siguió su curso hacia el mar.

El cuerpo de Terry Patterson inició su larga descomposición de regreso a la tierra, y el mundo siguió girando.